

Ajuste, reestructuración, políticas industriales y globalización económica	Titulo
Schvarzer, Jorge - Autor/a	Autor(es)
Buenos Aires	Lugar
CLACSO	Editorial/Editor
1997	Fecha
	Colección
Política internacional; Globalización; Sistema económico; Sistema financiero;	Temas
Ponencias	Tipo de documento
http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/clacso/otros/20111202115848/AJUSTE.pdf	URL
Reconocimiento-No comercial-Sin obras derivadas 2.0 Genérica http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.0/deed.es	Licencia

Segui buscando en la Red de Bibliotecas Virtuales de CLACSO
<http://biblioteca.clacso.edu.ar>

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO)
Conselho Latino-americano de Ciências Sociais (CLACSO)
Latin American Council of Social Sciences (CLACSO)
www.clacso.edu.ar



Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales
 Conselho Latino-americano de Ciências Sociais
 Latin American Council of Social Sciences



Schvarzer, Jorge. **Ajuste, reestructuración políticas industriales y globalización económica**. CISEA, Centro de Investigación de la Situación del Estado Adiministrativo, Buenos Aires, Argentina. 1997. p. 28.
Disponible en la World Wide Web:
<http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/argentina/cicea/AJUSTE.DOC>



RED DE BIBLIOTECAS VIRTUALES DE CIENCIAS SOCIALES DE AMERICA LATINA Y EL
CARIBE, DE LA RED DE CENTROS MIEMBROS DE CLACSO
<http://www.clacso.org.ar/biblioteca>
biblioteca@clacso.edu.ar

Ajuste, Reestructuración, Políticas Industriales y Globalización Económica

*Jorge Schvarzer*¹

El discurso dominante sobre aspectos económicos en el continente latinoamericano ha cambiado de modo tan profundo en las últimas dos décadas que resulta prácticamente imposible comparar el anterior con el actual. Dificultades del mismo orden se presentan si se pretende seguir el derrotero de esa transformación. El quiebre ocurrido en ese ínterin aflora muy claro cuando se consideran el lenguaje y las prioridades utilizadas en ambos extremos de este período. El interés acordado a objetivos otrora claves, como el desarrollo económico, la integración nacional, el proceso de industrialización y una distribución más equitativa del ingreso, resultaba compartido por amplias capas intelectuales y políticas; el discurso de aquella época se basaba en la convicción de que el estado podía y debía jugar un rol activo para consolidar dichos objetivos. Esas prioridades han perdido posiciones, cuando no desaparecieron del escenario; en su lugar, predomina ahora un discurso centrado en la noción estática de los "equilibrios macroeconómicos". El renovado embate de la ortodoxia otorga prioridad explícita a toda medida que pueda generar "confianza" en el capital local e internacional, una clase de agentes que, supuestamente, desconfía de cualquier estado que tenga objetivos propios. Los nuevos criterios exigen cumplir con objetivos intermedios (que, por su carácter estratégico se convierten en decisivos) dependientes de las prioridades de la nueva ortodoxia; entre ellos figura el cierre de las cuentas fiscales, la negativa cerrada a todo aquello que sugiera (cierto estilo de) manipuleos monetarios y, sobre todo, el rechazo del estado promotor.

La antigua fe en la razón instrumental, apoyada en el poder público y las decisiones técnicas de quienes se veían como portadores del progreso, parece haber quedado acotada a grupos que fueron desplazados a posiciones marginales en el debate. El escenario social de hoy abre paso a las afirmaciones de vigorosa confianza en las virtudes del mercado y

¹ Este trabajo ha sido preparado para su presentación en el Seminario organizado por CLACSO para tratar sobre el *Balance y perspectivas de las Ciencias Sociales en América Latina y el Caribe*, a realizarse en Buenos Aires del 24 al 29 de noviembre de 1997, como parte de la Asamblea General de la Institución.

sus presuntos atributos para resolver los problemas existentes. El mercado aparece como el demiurgo que puede y debe orientar la evolución de la sociedad desde afuera de la misma. El discurso a favor de su predominio constituye un apoyo a la supuesta acción espontánea de un mecanismo que aparece como externo a la humanidad; en ese sentido es, también, un alegato contra el estado y la intervención deliberada en las relaciones (y conflictos) sociales. Ese enfoque se opone a la racionalidad como método.

Esos cambios, que arrinconaron al pensamiento "progresista", surgieron y se consolidaron a lo largo de dos décadas. Su avance se explica, en parte, por pujas ideológicas, pero el resultado de estas no se puede separar del efecto provocado por ciertas transformaciones claves en el funcionamiento de la economía, tanto en el ámbito internacional como en el continente. Lo que parece decisivo es que esos cambios modificaron la estructura de poder en el mercado y en la sociedad hasta repercutir en el ámbito de las ideas. Ese conjunto de desplazamientos teóricos y cambios prácticos condiciona los nuevos desafíos para el pensamiento económico en América Latina, y sus características deben ser revisadas para entender la situación actual. Por ese motivo, este trabajo comienza por resumir ciertas transformaciones en el funcionamiento del sistema económico que (obvio es decirlo) repercuten o reflejan cambios en la distribución del poder social. Se comienza por lo ocurrido en el espacio mundial, que sirve de contexto y causa de la profunda transformación de la estructura productiva latinoamericana, para tratar sobre esa base el estudio de las nuevas relaciones sociales y de poder que dieron lugar a la hegemonía teórica práctica de la ortodoxia. Ese conjunto de referencias parece decisivo para comprender el desplazamiento mencionado de objetivos y criterios. Una revisión como esta ofrece una de las vías posibles para superar la perplejidad que provoca esa marginación ideológica y política del pensamiento progresista y, quizás, para encarar el desafío de plantear nuevas soluciones y respuestas².

La nueva hegemonía del capital financiero

La perspectiva que ofrece el paso del tiempo permite apreciar claramente que los grandes cambios que ocurrieron en el sistema monetario y financiero de los centros en la década del setenta dieron paso a la hegemonía del capital financiero sobre el funcionamiento del sistema. El avance de este último fue gradual y sutil pero el primer punto de quiebre puede ubicarse en la decisión del presidente R. Nixon de suprimir la convertibilidad del dólar en oro, que garantizaron los Estados Unidos hasta 1971; esa medida abrió paso a una desconfianza inédita en esa moneda (reconocida hasta entonces como base real del sistema internacional de cambios), y a una fiebre alcista de los mercados de materias

² Uno de los numerosos problemas que plantea la situación actual se presenta en el ámbito del lenguaje dado que no hay definiciones consensuadas que permitan identificar los actores de uno y otro sector. Por razones de simplicidad, aquí nos referimos al pensamiento "progresista" cuando hablamos del amplio espectro que cree en la posibilidad de regular y orientar la marcha de la sociedad, y se basa en modelos teóricos como los propuestos por el keynesianismo o el cepalismo, mientras llamamos "ortodoxia" a las corrientes basadas en las ideas neoclásicas. Queda reservada a la polémica la inclusión o no del pensamiento marxista entre los primeros, dado que estos estuvieron siempre en la oposición al sistema (y no se sienten incluidos en la crisis ideológica actual). Otro eje de polémica actual reside en el apelativo de "neo liberales" que se aplica a la ortodoxia, denominación a la que nos resistimos por que no parece razonable clasificar de ese modo a quienes colaboraron de modo estrecho y activo con algunas de las peores dictaduras conocidas en el continente.

primas, que culminó en la súbita e intensa suba de los precios del petróleo (1973-74). Esos primeros ensayos especulativos en gran escala fueron seguidos por una avalancha de maniobras lanzadas por una creciente masa de dinero líquido sobre las mayores monedas, apoyado en el ya por entonces vigoroso mercado del eurodólar. En breve lapso, esas maniobras provocaron un renovado brote inflacionario en las economías desarrolladas. El impacto generado por las fluctuaciones entre divisas, llevó a que se propusiera y aceptara modificar un aspecto crucial del sistema erigido en Bretton Woods: la eliminación de los tipos de cambio fijo y su reemplazo por cambios flotantes. Esta medida no era menor y hasta llevó a modificar la carta constitutiva del FMI, cuya tarea original consistía, precisamente, en cuidar que el sistema de cambios fijos funcionara sin trabas. A pesar de los supuestos que promovieron su aplicación, las tasas de cambios flotantes contribuyeron a alimentar la espiral especulativa.

El discurso ortodoxo suponía que la flexibilidad cambiaria favorecería la estabilidad de las relaciones monetarias en cada mercado nacional, pero la experiencia mostró efectos distintos. Los resultados fueron influidos, además, por un nuevo cambio de estrategia en los Estados Unidos ante un renovado impulso inflacionario, a fines de la década del setenta. El gran impacto del segundo shock de precios del petróleo generó, o al menos alentó, en Washington una nueva fórmula para lograr la estabilidad, basada en el manipuleo de las tasas de interés, antes que en el control de la emisión monetaria. El nombramiento de P. Volcker al frente de la Reserva Federal contribuyó a lanzar esa política que provocó un cambio súbito y estructural de los mercados del dinero. Hasta ese momento, la tasa real de interés vigente en ese país (y por ende en el mercado del eurodólar y en la mayoría de los mercados financieros del planeta) estaba en valores cercanos a cero (y hasta levemente negativos), desde al menos la Segunda Guerra Mundial, debido a las regulaciones aplicadas expresamente con ese fin. La nueva estrategia la elevó a cifras positivas y notablemente elevadas. Ese shock se constituyó en una señal que modificó rápidamente el comportamiento de los agentes económicos y la morfología de los mercados del dinero. La preferencia por una mayor liquidez, condición para captar beneficios antes insospechados, se hizo cada vez más evidente; el avance de una marea creciente de recursos líquidos se auto alimentó espontáneamente. El capital financiero atrajo a una parte apreciable del ahorro en las economías centrales, mientras su dimensión nominal crecía por el efecto acumulativo de la propia tasa de interés que multiplica el monto de los recursos existentes.

El ingenio de los operadores, sumado a la complacencia y hasta el impulso concedido por los órganos rectores de la moneda, permitió diseñar nuevas formas de colocación financiera. De ese modo se fue creando un mercado virtual sin límites visibles. Las interacciones entre el ahorro y la inversión, casi directas hasta entonces (y promovidas con el objetivo de aumentar esta última) quedaron mediatizadas por una red cada vez más extensa y compleja de operaciones entre una y otra variable de la cadena financiera. La desconexión entre ambas afectó a la inversión (que se redujo en las naciones desarrolladas) y liberó a la actividad financiera de buena parte de sus exigencias desde la economía real.

El clásico dinero colocado a plazo en los bancos se convirtió en papeles de distinto tipo que respondían a operaciones cada vez más alejadas de la economía real, o productiva. Esas transacciones salieron del circuito bancario (regulado por las autoridades) para basarse en instituciones de nuevo cuño, o que se reformaban para atender ese flujo. La expansión y rentabilidad de las Bolsas de Valores, la diversificación de la oferta y la magnitud creciente de los mercados de futuros, el avance casi ilimitado del juego de las transacciones cambiarias y las nuevas variantes de "títulos derivados", reflejan el ímpetu de esa fiebre financiera que comenzó a ocupar un rol hegemónico en la economía mundial. La creación y consolidación de cada uno de esos mercados coincidió con el desarrollo de las instituciones que los movilizaban, captando y acumulando el dinero de otros para actuar en ellos. El atractivo del dinero que se transforma sin pausa en más dinero, sumado al proceso de desregulación formal de mercados y agentes, permitió diversificar la oferta y las variantes operativas, hasta las formas más sofisticadas y casi inasibles en su contenido concreto. Como resultado, la actividad financiera tendió a convertirse en un sistema de apuestas, más parecido a un casino que al concepto teórico del mercado, como señaló hace años S. Strange (1989).

Esa masa líquida ya alcanzó dimensiones insospechadas respecto a la economía mundial. El monto de los títulos financieros se multiplicó por cuatro entre 1980 y 1992 hasta llegar a 23 billones de dólares, sin contar las tenencias especulativas de divisas que se estiman en una suma del mismo orden (Chesnais, 1996)³. En términos reales, esa masa crece tres veces más rápido que el capital fijo que se acumula en los países de la OCDE, explicando, en cierta medida, la desaceleración del crecimiento de dichas economías respecto a las décadas previas. El ahorro en forma líquida se aleja de las actividades productivas porque encuentra oportunidades mucho más rentables, y de corto plazo, en las operaciones financieras. La relación entre las transacciones financieras de Estados Unidos con el resto del mundo y su producto bruto ofrece un indicador sugerente de este cambio; dicho cociente pasó de 10% en 1980 a 135% en 1993 (Bourguinat, 1995).

Al mismo tiempo, los bancos perdieron participación a favor de otros agentes, como los fondos de inversión y los fondos de pensiones. Los primeros, que controlaban el 38% de los activos financieros de los Estados Unidos en 1960, habían retrocedido al 25% en 1993 mientras se potenciaba el rol de esas otras instituciones (*ídem*). La colocación de títulos de deuda en los mercados permite a los agentes económicos (empresas y gobiernos) endeudarse sin recurrir directamente a los intermediarios tradicionales. Sólo en el curso de 1996 se emitieron bonos por 700 millardos (miles de millones) de dólares en los mercados internacionales. Ese monto supera en 70% el registro de 1994, apenas dos años antes (OECD, 1997). Las cifras se pueden acumular y procesar en detalle, pero lo esencial consiste en que esos cambios provocaron y provocan transformaciones estructurales en el funcionamiento del sistema económico y, por lo tanto, en las relaciones de poder definidas por este.

³ El dato tiene sólo un valor relativo puesto que la cifra cambia rápidamente con el paso del tiempo, igual que las estimaciones sobre su evolución, pero sirve para apreciar la dimensión del tema. Por otra parte, la misma magnitud de esa cifra genera problemas de definición e, incluso, de traducción: los billones se representan en castellano por una cifra seguida de doce ceros, y son equivalentes a la definición de *trillions* en inglés.

En primer lugar, esa expansión de las oportunidades de beneficio en el sistema financiero tiende a reducir la inversión productiva y, por lo tanto, el ritmo potencial de desarrollo. Este proceso afecta de manera distinta en los distintos países pues depende, entre otras variables, del dinamismo y potencial de avance de sus estructuras productivas existentes, de las posibilidades que presenta el desarrollo de nuevas tecnologías y del apoyo o no de las políticas oficiales. Su efecto no parece tan intenso en algunos países desarrollados, pero impacta de manera generalizada y con mayor presencia negativa en América Latina, como se discute más adelante. Su presencia contribuye a explicar el avance global del desempleo; este, a su vez, reduce la capacidad de negociación de los asalariados hasta dar lugar a la reformulación de las condiciones de trabajo y de remuneraciones que se observa (también dentro de las lógicas diferencias nacionales) en todo el mundo⁴.

En segundo lugar, esa expansión universal del capital líquido impone severas restricciones a las políticas monetarias de prácticamente todas las naciones del orbe. La presión de esa masa sobre una moneda (o su mercado de cambios) genera una presión insoportable sobre el equilibrio macroeconómico de la nación objeto de sus acciones. Ese riesgo exige a los gobiernos buscar las formas de neutralizar sus efectos cuando diseñan políticas públicas. Si esos gobiernos están controlados por equipos ortodoxos, esa misma razón les permite justificar medidas de "ajuste" socialmente rechazadas en condiciones normales.

Los mercados cambiarios no transaban más de 10 a 20 millardos de dólares diarios hacia 1973, cuando terminaba el régimen de Bretton Woods; hoy, esa cifra se ha multiplicado entre 50 y 100 veces, hasta llegar al billón (o millón de millones). Naturalmente, la presión de ese mercado depende, a su vez, de la masa monetaria local y del poder regulador de cada estado. Su fuerza es pequeña (quizás nula) en los Estados Unidos, y tendrá una debilidad semejante en la Comunidad Europea cuando se consolide el ecu. Se trata de dos casos únicos; la presión de esa masa líquida se percibe en Alemania y Japón y crece luego a lo largo de una función exponencial hasta afectar crucialmente a las naciones pequeñas. Las pequeñas masas monetarias locales de estas últimas, sumadas a una historia de inestabilidad de cambios y de escasa regulación estatal, han llevado a muchas a perder esos atributos de su soberanía. Como un reflejo de este cambio de situación, la literatura financiera abandonó la definición tradicional de naciones en desarrollo para clasificarlas como "mercados emergentes".

La disciplina que imponen estos flujos financieros no disciplinados sobre la capacidad de acción regulatoria de los estados soberanos no pasó desapercibida para los centros de poder internacional. Ellos no tardaron en alentar ese fenómeno cuando encontraron que ofrecía un nuevo elemento de control y beneficio propio. El descubrimiento fue gradual y en medio de polémicas sobre sus efectos y consecuencias. Hasta días antes de la crisis

⁴ El desempleo se explica por diversas razones y la mencionada es una de las importantes dado que en economía no hay nada "gratis". El auge financiero reduce las oportunidades de inversión y, por esa vía, disminuye la demanda relativa de empleo a lo largo del tiempo (aparte de que genera el progreso técnico). Si, además, algunos obtienen mayores beneficios gracias a sus operaciones financieras, otros sectores sociales van a perder ingresos (absolutos o relativos según evolucione el producto total a repartir), con el empleo y el salario real actuando como variables de ajuste. Algunas naciones desarrolladas pueden disimular parte de ese último fenómeno desplazando esos costos sobre el resto del mundo mediante operaciones como las ofrecidas por el sector financiero.

mexicana de fines de 1994, el FMI suponía que los mercados financieros "imponen una disciplina 'férrea' a los países que aplican una política económica inadecuada" pero que esa restricción provenía de que otorgaban sus créditos a una elevada tasa de interés (FMI, 1994). En esa visión, las elevadas tasas de interés no eran un inconveniente, ni el reflejo del poder oligopólico de los acreedores, sino un castigo que se aplicaba a quienes no hacían lo que "se debe hacer". Aún así, el Fondo agregaba, con tono preocupado, que "esa disciplina llega demasiado tarde y no se aplica de modo consecuente" (ídem). Pocos días después, la experiencia de la crisis, que originó medidas de salvataje masivo de parte del gobierno norteamericano, generó la certeza de que el mercado a veces actúa demasiado tarde. Además se comenzó a reconocer la importancia de los flujos autónomos de capital financiero que tienen un rol mayor en la crisis de 1997. Las sucesivas oleadas de estos sobre los mercados cambiarios llevó al Director del FMI a admitir que la acción de los especuladores "se aprovecha de la debilidad o de la rigidez de las economías" locales. Ella genera, dice, "comportamientos peligrosos que en algunas ocasiones obliga a los países a reaccionar excesivamente". Esa crítica tiene un fuerte tono de compromiso con la ideología ortodoxa y sus límites se hacen más evidentes cuando agrega que, a pesar de ello, la especulación "forma parte de la actividad de los mercados y no debe proscribirse... no se la puede combatir con controles o decisiones de carácter administrativos sino con la excelencia de las políticas macroeconómicas" (FMI, 1997).

No resulta extraño, por eso, que el FMI y otros organismos financieros internacionales, se muestran "preocupados" por ciertos excesos del capital líquido y propongan al mismo tiempo medidas adicionales de apertura que destrabe sus desplazamientos. La conjunción de esa oferta con las políticas de libre mercado sirven para "disciplinar" a las autoridades monetarias de cada país que recurre, por necesidad o picardía, a esos consejos.

Ya hace más de una década que algunos expertos afirman que esos fenómenos exhiben la "interdependencia" entre las naciones (Stewart, 1984). Esa interdependencia resulta tan asimétrica que se convierte en pura "dependencia" en las relaciones de las naciones más pequeñas con los grandes centros monetario-financieros del planeta. Las opiniones de algunos expertos que se inclinan por controlar esos movimientos líquidos, para frenar sus efectos perversos, mediante alguna medida regulatoria (como imponer una tasa a los cambios de divisas, llamada tasa Tobin) son sumergidas en un mar de críticas por los defensores del mercado que han logrado imponer hasta ahora su punto de vista⁵.

La debilidad de las distintas monedas nacionales es un fenómeno tan notable que puede decirse que sólo quedan algunas monedas en el mundo que pueden considerarse como tales. La mayoría está sometida a fluctuaciones profundas de su cotización frente a las grandes divisas mundiales y experimenta problemas de crédito y presiones inflacionarias que inducen a los agentes locales a dudar de su utilidad como reserva de valor. Ya son numerosos los países donde los agentes locales demandan dólares para preservar el valor de sus activos líquidos, preferencia que impone, en la práctica un sistema "dolarizado". Ese hábito de los agentes aplica, y consolida en los hechos, la tesis ortodoxa, que

⁵ Chile logró establecer algunas restricciones a los flujos de dinero del exterior que contribuyeron a reducir su exposición a las consecuencias negativas de los mismos.

considera que la moneda no debe ser de circulación obligatoria sino un instrumento elegido libremente por quienes la utilizan; por eso, fomenta y se regocija de la existencia de alternativas⁶. De ese modo, una propuesta que parecía peregrina y utópica se convirtió en real, promovida por los cambios en las relaciones financieras en el planeta.

Esa creciente presencia del dólar como moneda en la economía local se expresa tanto en América Latina como en Hong Kong, penetró en el interior de la Cuba socialista y predomina en las naciones del Este de Europa. La demanda por esa divisa genera una nueva y mayor restricción a todo intento oficial de control de la masa monetaria local en cada una de las naciones donde se extiende su uso. Esta relación genera otra "asimetría" porque ofrece una notable posibilidad de enriquecimiento fácil para el emisor. En efecto, el Tesoro de los Estados Unidos goza de las posibilidades del "derecho de señoreaje". El sistema es transparente aunque no visible. El emisor coloca dólares (comprando con ellos bienes y servicios) que escapan al espacio económico nacional debido a la demanda externa; es decir, que esos billetes no actúan como demanda de otros bienes en el país. En consecuencia, el emisor capta el beneficio con la ventaja adicional de que la nueva moneda lanzada a la circulación no genera efectos inflacionarios porque no actúa en el mercado local. Las magnitudes en juego son apreciables; se estima que alrededor de dos tercios de los dólares en circulación están ya afuera de los Estados Unidos; el monto en el exterior alcanzaría a los 200 millardos y triplica la magnitud registrada diez años antes (*Business Week*, 9-8-93).

El significado económico, y hasta político, de ese flujo gigante de dólares que se acumula en el exterior contrasta con los escasos comentarios al respecto en la literatura económica. Se trata de uno de los mayores fenómenos de poder y control de la potencia hegemónica que, sin embargo, no parece haber generado una preocupación semejante a la que provocó, en su momento, la acción de las empresas transnacionales o sus inversiones hacia las naciones en desarrollo. Ya hace dos décadas se afirmaba que esa falta de comprensión se debía, en buena medida, a que el problema del dinero quedó constituido como "un territorio de la derecha" (Lichtenztein, 1980) o, mejor dicho, abandonado por el enfoque progresista en beneficio de la derecha⁷.

Prebisch fue uno de los pocos latinoamericanos que insistió en que la moneda "dista de ser neutral", aunque no siempre sus comentarios resultan ser operativos ni suficientemente concretos. El fundador de la Cepal consideraba que la moneda podía servir a los privilegiados en la medida en que no hubiera poder sindical o político de la fuerza de trabajo, o bien que esta fuera suficientemente débil. De lo contrario, decía, coexisten la inflación y el desempleo (Prebisch, 1982, a y b). Su enfoque se verificó en la crítica década del ochenta en la América Latina, cuando la inflación se combinaba con la

⁶ La tesis de la "competencia" entre monedas fue desarrollada por Hayek y hoy es repetida por expertos como G. Becker, premio Nóbel de economía en 1992.

⁷ En el comentario que se cita, Lichtenztein recuerda la preocupación de Hilferding por la escasa "comprensión teórica" de ese tema, y agrega un detalle que merece ser recordado: tampoco los militares latinoamericanos han intentado ocupar los respectivos Bancos Centrales de los países donde tomaron el poder político. Ellos optaron por dejar ese espacio de poder a la ortodoxia con resultados que muchas veces tuvieron poco que ver con sus expectativas económicas originales.

recesión; ahora contribuye a explicar el retorno generalizado a la estabilidad de precios en la década del noventa, que se apoyó sobre la derrota del poder sindical

El cuadro de la situación financiera mundial permite colocar en una nueva perspectiva el prolongado debate entre expertos latinoamericanos en torno a la pérdida o no de poder hegemónico de la economía norteamericana. Hacia fines de la década del setenta, quienes sostenían la primera tesis miraban las cifras de menor participación productiva de aquella nación en el total mundial, así como la pérdida de poder adquisitivo del dólar en términos de otras divisas (que se notó entre 1971 y 1979), y extrapolaban esos datos hasta llegar a la conclusión del deterioro de ese poder económico. Unos años más tarde, el enorme poder político militar de esa nación, sumado a la revalorización del dólar (que signó la orientación de coyuntura de los años 1980-85), llevó a sostener la tesis de la "retomada" de la economía norteamericana. Hoy, se puede agregar que el poder productivo, tecnológico y militar de los Estados Unidos se ve acompañado, y fortalecido, por un "poder monetario" que le otorga un grado antes impensado de presión y control sobre otras economías. Su posición en el actual sistema financiero favorece ese control así como la captación de ingentes beneficios. No se trata tanto de la fluctuación del valor externo del dólar (que continúa) como de la posibilidad de quien lo maneja de beneficiarse de esas variaciones de precios así como de la emisión de más moneda. Arcanas decisiones monetarias generan transferencias de riqueza y de poder poco visibles pero no menos concretas para el emisor.

En un enfoque más estructural y de largo plazo, puede agregarse que es probable que esta expansión financiera refleje una etapa de cambios de las condiciones básicas de funcionamiento del sistema económico. Eso es, al menos, lo que ha ocurrido en otras experiencias históricas de acuerdo a una de las conclusiones a las que llega Arrighi en su notable análisis histórico de los sucesivos ciclos de acumulación capitalistas desde el siglo XV hasta el presente. Diversos indicios sugieren que la reformulación de las condiciones evolutivas de cada ciclo coincide con el desplazamiento del capital hacia una forma líquida durante el período de transición; la escasez de oportunidades rentables en el modelo que parece lo lleva a mantenerse en ese estado hasta que encuentra una nueva orientación de sus actividades, que definirá el próximo ciclo (Arrighi, 1994). Esa sería una explicación del proceso en marcha; su corolario permite definirlo como no estable y de transición. Naturalmente, ese diagnóstico no alcanza por sí solo para adelantar los trazos posibles del futuro ciclo, que se definirán por el tipo y forma de producción dominante así como por las características del poder nacional que resulte hegemónico y cuya mera exploración escapa al alcance de este trabajo.

El derrumbe del modelo planificador

La alternativa histórica al mercado financiero desregulado se sustentó teóricamente en el keynesianismo clásico. La estrategia planteada por ese economista triunfó aún antes de ser expuesta y conocida debido a la necesidad social y política de encontrar una respuesta a la terrible experiencia de la crisis de la década del treinta. La demanda de la realidad se impuso antes de que hubiera terminado de concretar su diagnóstico y antes de que los

hacedores de políticas se convirtieran a la nueva fe⁸. Ese antecedente merece ser recordado para una revisión de la importancia de la teoría en la orientación de las políticas frente a las demandas del contexto. Finalmente, el nuevo modelo triunfó en la teoría y en la práctica hasta lograr una presencia hegemónica durante medio siglo.

El keynesianismo tuvo una versión latinoamericana en el conjunto de ideas forjadas en la posguerra por la Cepal. Ella extendió esos lineamientos teóricos a las condiciones de naciones de menor grado de desarrollo relativo. Su expresión práctica fueron las políticas llevadas a cabo en la región durante un par de décadas (aunque no siempre estas siguieran las vías trazadas por esa institución).

Un aspecto claro del modelo residía en el diagnóstico sobre el rol del sistema financiero en la crisis. Keynes propuso alguna vez la "eutanasia del rentista" y no dejó de expresar su preocupación frente al crecimiento de una "vorágine especulativa" que puede convertir la economía "en un casino". Su receta, posible y razonable en su época, pasaba por controlar el mercado financiero; para ello, este debía quedar constreñido dentro del circuito cerrado de una economía nacional. Esa condición permitía al Banco Central desplegar el poder necesario para regular el flujo del dinero y subordinarlo al servicio de la producción. Keynes insistía en 1944, discutiendo la creación del Fondo, que después de la guerra "debemos retener el control de nuestra tasa doméstica de interés, de modo de mantenerla tan baja como sea de acuerdo a nuestros objetivos, sin interferencias del alza y baja de los movimientos internacionales de capital o las fugas de *hot money*... y no solo como un factor de la transición, sino como un acuerdo permanente, cada gobierno debe tener el derecho explícito a controlar los movimientos de capital".

La estrategia basada en mercados financieros cerrados y regulados bajo tipos de cambio estables, se aplicó en todas las economías nacionales de consideración y arrojó una experiencia positiva durante un cuarto de siglo. Luego, el paso del tiempo y la apertura comercial y financiera, redujo el control potencial de los organismos monetarios oficiales. Los cambios en el funcionamiento de la economía mellaron la eficacia de la receta keynesiana. Esos cambios fueron graduales pero no espontáneos. Al impulsar la apertura, los propios Bancos Centrales de las grandes economías modernas fueron perdiendo poder; fue así que estos últimos pasaron de patrones (de sus finanzas locales) a esclavos (del sistema global) como señala con repetida e indisimulable satisfacción *The Economist* (vbgr., 3-12-94). Naturalmente, los Bancos Centrales de las naciones pequeñas siguieron ese mismo derrotero hasta llegar a una dependencia aún mayor debido a la debilidad relativa de las economías sobre las que se asienta su jurisdicción.

Ese cambio fue decisivo pero no el único. El modelo keynesiano comenzaba a enfrentar restricciones de diverso carácter que fueron acotando su capacidad de acción. La apertura financiera le dio el golpe de gracia y, sin duda, hubiera bastado por sí sola para derrotarlo, pero el destacar que había otras trabas permite comprender que la antigua fórmula ya no podría subsistir en las mismas condiciones. Ese contexto explica, también, que el balance

⁸ Un excelente relato de las respuestas obligadas de los dirigentes políticos a la crisis, más allá de que dispusieran de modelos teóricos de referencia para su acción, que puede servir de referencia para imaginar derroteros frente a la situación actual, está en Gourevitch (1986).

de muchos expertos sobre las causas del fracaso se centrara en marcar la influencia de otras variables más o menos importantes⁹. Fue así que se insistió en la incapacidad del estado para regular la economía, en la multiplicación de los efectos de esa ineficiencia a medida que la administración pública crece, en las fallas que surgen en la gestión de las empresas públicas debido a la inexistencia de un "propietario" preocupado por la eficiencia, en la dificultad de efectivizar los acuerdos sociales necesarios para conciliar la distribución del ingreso con la marcha de la economía, etc. En Latinoamérica, se incorporó la crítica al modelo de industrialización sustitutiva de importaciones como otra falla estratégica, posición que a veces llegó al extremo de imputar a la industria como tal los problemas del desarrollo en aquellas naciones donde la ortodoxia obtuvo mayor predicamento. Esas nuevas visiones en conjunto, tendían, además, a confirmar los valores del mercado como el regulador eficiente de la economía. Aquellos problemas existen y deberán tenerse en cuenta en el diseño (experimental o teórico) de un nuevo modelo futuro, pero vistos en perspectiva, merecen un par de comentarios de balance.

En primer lugar, el agotamiento del modelo no parece haber llevado a la crisis. Más bien, la crisis derivada de la nueva situación financiera puso en evidencia el agotamiento del modelo (que podría haber continuado mucho tiempo en otras condiciones de contexto). Por otra parte, se puede suponer que aquel tenía efectos negativos inferiores a los que provoca la situación actual en términos de dinamismo productivo y de equidad en la distribución del ingreso; la comparación de las tasas de crecimiento del PBI y, por ejemplo, de desocupación entre la década del setenta y la del noventa, tienden a aportar datos para confirmar esa hipótesis, tanto en el continente latinoamericano como en el europeo. En verdad, esos intentos de reescribir la historia, que coloca todos los males en el pasado y vuelca la utopía sobre un futuro al que se orientaría ahora el sistema, resulta tan negativos como la versión inversa de poner todos los ideales en el pasado sin reconocer sus falencias y la necesidad de superarlas. En esencia, cabe reconocer que la opción keynesiana ya no puede repetirse en su forma clásica. El futuro no consistirá en una recreación del pasado sino en alguna forma diferente de regulación cuya búsqueda, explícita o implícita, plantea hoy día un objetivo central de muchos intelectuales.

En segundo lugar, conviene insistir que a las causas internas (además de las provenientes del sistema financiero mundial) se suma una causa externa, dado que la caída del modelo keynesiano coincidió con el derrumbe del mundo soviético. Este fenómeno es destacable aunque no se dispone de análisis exhaustivos de las causas de esa derrota histórica de un sistema que se pretendía como un modelo para el mundo entero. Explorar esas causas requiere un consenso mínimo sobre sus rasgos reales y su modo de funcionamiento durante su apogeo que todavía no se ha alcanzado; buena parte del debate quedó atrapado en la definición formal de si un régimen que tuvo vigencia durante siete décadas era de "transición", o si se trataba de un "capitalismo de estado" o de un "socialismo con dictadura". Es claro que esa disyuntiva bloqueó el análisis de los rasgos específicos del modelo soviético como sistema económico y, con ello, la posibilidad de una crítica superadora. Más allá de los resultados del debate en marcha, no cabe duda de que esa caída imprimió un duro golpe a la potente imagen que la Unión Soviética transmitió al

⁹ Por nuestra parte, hemos resumido algunas de ellas en Schvarzer (1987) donde remitimos al lector.

mundo de un estado que parecía ser un regulador eficiente y cuyo método de planificación centralizada se apreciaba como la forma deseable de organización social. El quiebre fue brusco, sobre todo, en función de aquella primera experiencia. A comienzos de la década del treinta, la planificación (y hasta la idea misma de un Plan que, por un fuerte efecto mimético, debía ser "Quinquenal") parecía realizarse con tanto éxito en una parte del planeta que se convirtió en una panacea y una utopía global. El recurso a un Plan (casi siempre Quinquenal) se imitó después de la Segunda Guerra, en naciones tan distintas como Francia y la Argentina (y con resultados no menos dispares) mientras el método era sistematizado y difundido por numerosos organismos internacionales y regionales.

La planificación se convirtió en una de las herramientas de la regulación keynesiana que, por analogía, se fue deteriorando con el ocaso de esa estrategia. El cada vez más evidente letargo del desarrollo soviético desde al menos la década del sesenta, y las sucesivas crisis políticas en las naciones del Este europeo que reclamaban contra ese sistema impuesto por las armas, fueron diezmando la convicción original al respecto. Finalmente, esa utopía se desmoronó con el muro de Berlín.

El antiguo bloque soviético se convirtió en un nuevo espacio de expansión del sistema financiero mundial y en un ámbito de puja y reparto de las potencias capitalistas. Las expectativas creadas en esas sociedades sobre la posibilidad de ingresar en un proceso de desarrollo efectivo y diferente, en asociación con el mercado mundial, se vieron frustradas rápidamente por fenómenos semejantes a los que se sintieron en América Latina durante la década del ochenta: inflación violenta, caos productivo, distribución regresiva del ingreso, etc. Habrá que esperar para saber como influirán esos problemas en la valoración social del sistema (del nuevo y del anterior) y/o plantear nuevas alternativas estratégicas. Mientras tanto, lo esencial desde el punto de vista de América Latina, reside en la derrota del modelo anterior y sus consecuencias en el ámbito teórico.

No puede sorprender que, en los primeros momentos de euforia, algunos teóricos occidentales creyeran llegado el Fin de las Ideologías. Para ellos, "ideología" era el pensamiento de los otros y una concepción falsa que debía desaparecer. Resultaban incapaces de imaginar la ideología como un trasfondo de ciertas ideas básicas que se sostiene en todo esquema de pensamiento y que también está implícito en el de ellos. Qué otra cosa que ideología es convertir a la democracia (al estilo occidental) y al mercado (nunca bien definido) como pilares y punto de arribo definitivo del proceso histórico social en el mundo? La ventaja de esa ideología consiste en que se apoya en ciertos fracasos de las alternativas conocidas, mientras ofrece una renovada utopía. La fuerza de esos paradigmas ha calado hondo en América Latina, donde promovió nuevas coaliciones sociales y movimientos políticos, al tiempo que orientaba las inquietudes de una amplia capa de intelectuales.

Esas ideas se difundieron de modo notable en el continente alcanzando hasta a quienes formaban parte del antigua ala progresista. El punto culminante de esa evolución puede situarse en un reciente artículo de la *Revista de la Cepal* que postula que el proyecto planificador, igual que el revolucionario, eran producto de una utopía "iluminista" basada

en una concepción del recorrido esperable y deseado de la marcha de la sociedad. Si el sentido de esa marcha era comprendido, como se suponía, podía ser descifrado y mejor orientado por los intelectuales en el poder mediante una "intervención deliberada de la razón (técnica y teleológica) en la historia" (M. Hopenhaym, 1992).

Hopenhaym no discute hasta qué punto esos intelectuales tuvieron todo el poder para llevar a cabo sus ideas, o estuvieron condicionados por relaciones sociales y económicas no siempre fáciles de modificar. En cambio, destaca que la crítica a esa matriz iluminista está ligada con la ofensiva ideológica en pro del mercado que se intensificó desde la década del ochenta. Luego, se acuartela en su propia expectativa, basada en la búsqueda de cierta autonomía de la sociedad, el reconocimiento de la democracia, el papel articulador de los nuevos movimientos sociales y la importancia de la autonomía de los actores. Su recorrido lógico deriva desde la crítica de la planificación (económica) al elogio de ciertas formas de relación (social) que quedan truncas y asimétricas. Deja así sin explorar el reconocimiento del rol del mercado como sistema de relación humana y alternativo a la "razón", que parece ser el núcleo vital de la ofensiva ortodoxa.

En el mismo rumbo de aquel autor se ubica otro artículo de la misma revista que, desde preocupaciones semejantes, se ocupa de destacar una brumosa "tercera vía" entre el estado y el mercado (Lechner, 1997). Esa variante estaría en un sistema de "redes", definido por algunos especialistas alemanes, y sin mayores precisiones sobre sus relaciones con el mercado. A falta de una opción clara en ese sentido, el dilema entre uno y otro paradigma absoluto queda sin resolver. Si el estado falla, sólo parece quedar el mercado, como pretende la ortodoxia. La combinación de mercado, democracia y estado, que reserve a cada uno un espacio de actuación y una forma de control de los otros dos, en cambio, pierde posibilidades en la medida en que las opciones se hacen extremas y excluyentes, donde sólo resta la opción de "uno u otro".

Esa combinación, o fórmula mixta, fue, sin embargo, la opción básica de la social democracia europea desde la histórica ruptura de la década del veinte con el incipiente totalitarismo soviético. Aquellas ideas se consolidaron en la década del cincuenta gracias al rol efectivo de las herramientas keynesianas. Más de un analista clasificó, por eso, a la social democracia europea de la posguerra como una sana mezcla de democracia política y planificación keynesiana. El agotamiento de esta última variante explica, ahora, la perplejidad de muchos analistas y políticos. Si no se pueden aplicar esos mecanismos de regulación económica hace falta buscar nuevas herramientas que permitan impulsar el progreso y la equidad. No parece necesario agregar que estos últimos valores son objetivos válidos que no requieren conocer la razón de la historia.

La "anomalía" del Este asiático

Antes de terminar esta concisa revisión de los fenómenos concretos que contribuyeron a discutir nuevas y viejas alternativas, conviene recordar que en el panorama mundial hay una región que plantea una experiencia distinta a ese modelo del mercado absoluto que se pretende hegemónico. El Este asiático ofrece unos de esos hechos sistemáticos de control estatal y desarrollo económico acelerado que escapan a la lógica de la ortodoxia. Una

clase de fenómeno que tampoco puede ser ignorado con el recurso de convertirlo en una simple "anomalía".

El primer, y todavía mayor caso especial, fue el del Japón. Si su rápido despegue en la posguerra pudo parecer inicialmente una recuperación de su progreso anterior, lo cierto es que no tardó mucho en alcanzar metas muy superiores a las previas; su avance en pocas décadas hasta un puesto de privilegio entre las naciones desarrolladas originó un primer milagro que parecía exclusivo y especial. Hoy se reconoce que su éxito debe mucho a una particular concepción basada en la integración de empresas y estado promotor con objetivos claros en el mercado mundial. Por diversas razones, una vez consolidado, Japón estimuló esa misma estrategia entre las naciones vecinas con efectos sorprendentes. El vertiginoso crecimiento de Corea del Sur y Taiwan, imitado ahora por China y otros países, expresa una realidad no reconocida por los defensores de la ortodoxia y no bien conocida por los progresistas. Los primeros rechazan ese modelo como tal y tratan de incluirlo en sus paradigmas como si fuera un éxito del mercado, cuando no lo tratan como una anomalía. Los segundos, a su vez, no pueden superar su rechazo global a las formas abiertamente totalitarias y represivas de la organización política de esos estados que acompañó a dicho desarrollo. Pero parece obvio que la separación de algunos elementos que explican su evolución permite comprender mejor no sólo el fenómeno regional sino las posibilidades de una estrategia semejante en otros ámbito. En ese sentido, el éxito de esos procesos requiere todavía un trabajo analítico de sus causas y mecanismos, como el que inició Fainzylber y dejó sin culminar en el momento de su prematura muerte.

El ingreso *per capita* de Corea del Sur y Taiwan se ha estado duplicando cada diez años desde la década del cincuenta. Ese ritmo es prácticamente inédito en la historia económica mundial, igual que su persistencia; el avance se mantuvo un lapso suficiente como para transformar de raíz esas sociedades. Hoy superan el promedio registrado por las naciones latinoamericanas más avanzadas y prometen ubicarse entre las de mayor ingreso del planeta en otra década más. Si en la posguerra su riqueza era semejante a los bajísimos niveles de China y la India, terminó por abrirse una brecha gigante: su ventaja alcanza a 4 a 6 veces la disponibilidad de ingreso por cabeza de estos últimos¹⁰. Las comparaciones con los países del bloque soviético ofrecen un resultado semejante. Ese dinamismo, cuyas causas pueden ser objeto de polémica, ya ha sido bautizado como "milagro".

Numerosos autores han mostrado que ese desarrollo se origina en una decisión nacional de progreso, que lleva a formar un poderoso bloque de empresas privadas y organismos estatales, coordinados por diferentes mecanismos, que eligen vías optativas de expansión en base a las señales del mercado mundial y las restricciones impuestas por las grandes potencias. Esos objetivos se cumplieron, entre otras cosas, por que esas naciones han encontrado la forma de amortiguar el impacto de los flujos financieros internacionales en sus estrategias internas. El dato no parece menor cuando se observa que ese éxito no pudo ser repetido por algunos vecinos, con menor dinamismo y menor fortuna en ese aspecto, que sufrieron sucesivas crisis financieras a mediados de 1997¹¹.

¹⁰ La fuente de estos datos estadísticos es Madison (1995).

La preferencia por organizar la producción, mediante formas sutiles de planificación y consenso, explica que se haya identificado a esas naciones como verdaderas "empresas", que el periodismo ha tomado en el calificativo de *Japan Inc*, por ejemplo. La misma idea de "empresa" supone una jerarquía interna, movida por decisiones administrativas, frente a las condiciones del mercado externo a la misma. Ese modelo fue llevado hasta un extremo por un investigador que define a la economía coreana como una "cuasi organización interna"; es decir, un sistema nacional donde el estado ocupa un rol semejante al de la dirección ejecutiva en una moderna gran empresa multi divisional y distribuye recursos en el "mercado interno" a la organización con criterios administrativos (Lee, 1995). Se trata, quizás, de un avance teórico apreciable, que extiende la teoría de la empresa de la Nueva Economía Institucional (NEI) al ámbito de una economía nacional. La NEI ha debido reconocer la ineficiencia del mercado en ciertas ocasiones (al menos en aquellas donde los costos de transacción son elevados); en ese caso, las decisiones administrativas (o internas a la empresa) resultan preferibles contra lo supuesto por la ortodoxia tradicional. Por ese camino, la NEI explica el auge de la gran empresa y la jerarquía de poder interno que la sostiene¹². La proyección de Lee toma a Corea (y, por ende, a otras naciones medianas) como una empresa, es decir, como un organismo complejo, sometido al influjo del mercado mundial, pero capaz de operar con otras reglas hacia adentro. El modelo está implícito en la noción de "red" pero avanza en la definición de articulaciones y criterios de selección entre mercados y organizaciones (que incluyen en un puesto preferencial al estado). La evolución conceptual y práctica de esa tesis podría ofrecer nuevas alternativas a algunos de los problemas latinoamericanos; ella comienza a ser revalorizada por numerosos autores que están estudiando esos casos testigos del mundo de lo posible.

Las causas de esos fenómenos son objeto de amplia discusión en el mundo debido tanto a la dificultad de comprenderlos dentro de los paradigmas clásicos de la economía como por el rechazo abierto de la ortodoxia a toda explicación no basada en el mercado. El reciente trabajo del Banco Mundial, sobre el *Milagro del Este de Asia* (1993) ofrece un ejemplo elocuente de ese debate y las vías por la que transcurre. El estudio fue pedido por el gobierno japonés, deseoso de mostrar las diferencias entre las formas adoptadas para esos procesos de desarrollo y las recetas propuestas por los organismos financieros internacionales. Para impulsar la tarea, dicho gobierno ofreció 1,2 millones de dólares y su colaboración. El resultado fue un texto donde el Banco reconoce el papel del sector público en esas naciones, al tiempo que insiste en su panegírico del mercado como causa y explicación satisfactoria del proceso.

El método de trabajo permite comprender el modo con el que se buscaron las respuestas. Durante la preparación del estudio, los responsables del Banco insistieron en el rechazo

¹¹ Aparte de los escritos de Fainzylber, ya clásicos sobre el tema, no se puede dejar de mencionar obras como las de Johnson (1982) para Japón, y de Amsdem (1989) para Corea, como ejemplos específicos de la amplísima literatura sobre estos temas.

¹² Esta teoría que nació con Coase, en 1935, y siguió con las obras de Williamson, se ha expandido a una literatura muy extensa aunque no siempre utilizada que parte del dilema de la opción "entre mercados y jerarquías", pero sin llegar a resolverlo porque descubre, en definitiva, la necesidad de combinar a ambos. Una buena introducción a esta corriente se puede encontrar, por ejemplo, en obras como las de Putterman (1986) y Williamson y Winter (1991).

de la mayor parte de los textos que reconocían el carácter original de ese desarrollo, con el argumento de que no aportaban "evidencias" suficientes. En cambio, incorporaban sin mayores revisiones aquellos que presentaban al mercado en un rol activo. En palabras de un autor que conoce a fondo el proceso, el uso de las evidencias partía de la idea que "el mercado es inocente hasta que se lo demuestre culpable, pero el gobierno es culpable hasta que se lo demuestre inocente". El libro final ofrece un modelo de presentación "diplomática" donde se revela el objetivo de no enfrentar al principal comitente del estudio pero manteniendo las posiciones favorables a la visión ortodoxa. Igual que en una comedia de enredos, los medios de prensa japoneses saludaron el informe como aceptando las ideas promovidas por esa nación, mientras en Occidente lo alababan como una nueva prueba de la posición ortodoxa¹³.

En definitiva, la polémica no pasa sólo por una visión de los hechos desde el enfoque de posiciones diferentes, sino también por una revisión del carácter de los propios hechos. La eliminación, o la simple ignorancia, de ciertas "anomalías", y la relectura de la realidad a través de grillas ideológicas ha reducido el debate a una puja política. El esfuerzo por comprender el funcionamiento del mundo en que vivimos se reemplaza con la pretensión de mostrar que vivimos en el mejor (o el único) de los mundos posibles. El enfoque ortodoxo parece centrarse en los hechos que conforman sus opiniones de manera que sus propios esquemas quedan siempre satisfechos por la "realidad". No es un sesgo exclusivo. Debemos reconocer que el rechazo abierto a todo lo que sea estado regulador por parte de ellos resulta tan extremo en sus actitudes como el rechazo global al mercado, expresado por algunas corrientes críticas. Esas mutilaciones de la realidad impiden reconocer que las combinaciones (en distinto grado y niveles de implementación) de uno y otro método parcial de organización económica ofrecen elementos significativos para comprender el derrotero histórico de los casos más exitosos.

La embestida de la ortodoxia

El pensamiento latinoamericano parece haber sido poco impactado por la "anomalía" del Este de Asia, cuyo análisis emprendió Faynzilber con tanto entusiasmo mucho antes de que ese modelo revelara toda su plenitud productiva. Las razones de esa menor difusión son difíciles de discernir pero una parte de la explicación radica en la actitud defensiva que esa corriente adoptó en los últimos años. En efecto, es un hecho que la clara primacía de las finanzas internacionales y la ofensiva intelectual de la ortodoxia en el continente, modificaron la antigua relación de fuerzas. Los cambios en la situación económica y en el ámbito de la teoría se fueron reforzando mutuamente, y ya se han entrelazado de tal modo que se complica el tratarlos separadamente para comprender su efecto.

La primer, y casi sorpresiva, entrada de la ortodoxia en el escenario de la región ocurrió a raíz del golpe de estado en Chile en 1973. La irrupción sangrienta de una dictadura militar abrió el acceso al poder a un grupo de especialistas, formados en la Universidad de Chicago, que se lanzaron a ensayar la aplicación de sus visiones del mercado y la moneda.

¹³ El relato documentado de ese estudio, su origen y criterios de avance, está en el notable texto de Wade (1996) de donde se extraen estos comentarios.

Durante el largo período que dispusieron para actuar, su fervor resultó equiparable al inmenso margen de maniobra que les otorgaba su relación con el sistema político represivo. En sus primeros años de gestión esa estrategia parecía un caso aislado (otra "anomalía"), no por eso menos preocupante en el continente. Solo después de un cierto período se comprendió que ese ensayo superaba el ámbito nacional chileno; era, más bien, la punta de lanza de una ofensiva global que se haría sentir en toda América Latina. Al comienzo, sus fundamentos teóricos, y sus medidas prácticas, generaron una abundante respuesta intelectual desde el enfoque progresista. Numerosos exilados chilenos, junto a teóricos y economistas de otros países del continente, relevaron las ideas ortodoxas y criticaron tanto su coherencia interna y su contenido como su práctica concreta en aquel país¹⁴.

La polémica transcurría por un espacio que no afectaba a las decisiones. Los *chicago boys* continuaron impertérritos su tarea desde el poder en Chile, más allá de los éxitos y fracasos que se derivaban de sus iniciativas. La vertiginosa espiral de precios que había acompañado a la última etapa del gobierno de Salvador Allende sirvió como una de las mayores excusas para el golpe y una justificación para la dureza de las políticas aplicadas después. La inflación se constituyó, así, en un factor político clave que generó el descontento social, la demanda de "orden" y la excusa para las medidas posteriores. Ese mismo fenómeno se repitió en otros países del Cono Sur en los años siguientes a semejanza de lo ocurrido en la República de Weimar, durante y después del primer fenómeno hiperinflacionario de la historia moderna. La gran semejanza con ese episodio histórico, que había quedado olvidado en el imaginario social, no llevó a producir más que algunos *papers*, pese a la enorme importancia teórica y práctica de dicho antecedente.

Una economista británica (Griffith-Jones, 1980) fue una de las voces solitarias que en aquel entonces se dedicó a extraer de la experiencia chilena el reconocimiento de que el control de la moneda y la estabilidad de precios eran factores decisivos de una estructura nacional. El problema es "económico", por así decirlo, pero su influjo se extiende a todo el sistema político y social. Ese balance no era ocioso, aunque ya tardío, frente a la experiencia de la izquierda chilena que parecía haberlo pasado por alto (o no fue capaz de controlarlo) durante su paso por el poder hasta que fue llevada al desastre.

La experiencia terrible de elevada y sostenida inflación en Chile, y la reiteración de ese mismo problema en otras naciones del continente, contribuyó a crear una demanda por la estabilidad a todo precio. El caos social que provoca la inflación cuando alcanza esos ritmos favoreció la crítica del populismo y el avance de la ortodoxia en una medida difícil de imaginar en un contexto distinto. No cabe duda de que ese cambio en el balance social

¹⁴ No puede menos que recordarse, por su impacto en el pensamiento latinoamericano, y sin perjuicio de otros, la larga serie de artículos dedicados a criticar a la nueva ortodoxia y el monetarismo en la ya desaparecida revista mexicana *Economía de América Latina* (publicada por el CIDE, entre 1978 y 1984), las críticas de Prebisch a Friedman y Hayek, publicadas en la *Revista de la Cepal* (1981 y 1982), junto a otras notas críticas en esa misma publicación, más los meticulosos estudiosos de los investigadores de CIEPLAN sobre la estrategia oficial y sus efectos sobre el funcionamiento de la economía chilena que se difundieron durante todo el período de la dictadura militar.

fue aprovechado por la ortodoxia para aplicar sus planes con una fuerza política que hubiera sido imposible sin la presencia de ese flagelo¹⁵.

No se trata de creer que los *chicago boys* hayan actuado con gran responsabilidad y corrección en el manejo macroeconómico. Por el contrario, ellos no dudaron en aceptar (o, más bien, provocar) varios años de inflación y fuerte contracción de la actividad productiva chilena como si no existieran alternativas menos dolorosas. Su relativo fracaso inicial en esos frentes no afectó la benigna actitud hacia ellos de ciertos sectores de la comunidad financiera internacional que, sin embargo, pregonaban la estabilidad como un bien en sí. En rigor, debe reconocerse que, en nombre del monetarismo, se aplicaron en Chile políticas de manipuleo de la moneda que eran inversas a lo predicado por la ortodoxia clásica. El factor clave de esa estrategia podría describirse como la clara actitud de que *money matters*; el énfasis de ese equipo en dicho control destacaba que la moneda es un núcleo clave del poder social y una forma oscura (no por eso poco contundente) que orienta al sistema económico y permite la apropiación de una parte de la riqueza generada en él.

La experiencia chilena no puede desdeñarse por sus consecuencias internas y externas. Ella fue repetida en otros países del Cono Sur y todo sugiere que esas prácticas monetarias de la década del setenta sirvieron de laboratorio de ensayo para las estrategias subsecuentes de la ortodoxia en el ámbito internacional. Varias decisiones adoptadas en las naciones centrales, y sobre todo en los Estados Unidos, desde el fin de ese período, encuentran sus raíces en dichas experiencias que fueron analizadas y retomadas por los hacedores de políticas monetarias y financieras. Numerosos expertos que viajaron a Chile para exponer las bondades de sus modelos teóricos y observar sus resultados en la práctica local, volvieron a sus países de origen con su particular balance de dichas experiencias; luego, no dudaron en impulsar medidas semejantes en los centros.

Los resultados, sin embargo, no fueron simétricos. El denodado esfuerzo por conectar la economía chilena al flujo financiero externo, estrechando los lazos entre los mercados monetarios locales y los internacionales, tuvo efectos decisivos en los eventos posteriores en esa nación. Ese esfuerzo explica la demanda de créditos para fines mayoritariamente especulativos en la segunda mitad de la década del setenta y la acumulación de una deuda externa que estallaría en 1982, hasta convertirse en la clave de todo el proceso posterior. No todas las naciones del continente siguieron la misma senda, pero el predominio de esos grupos ortodoxos en el Cono Sur, repitiendo las variantes de esa estrategia, y su influencia en otras, contribuye a exhibir sus esfuerzos en ese sentido y refleja mejor que otros casos la evolución siguiente.

El arribo al poder de ese nuevo grupo político en Chile formaba parte de las estrategias imaginadas por un amplia capa de intelectuales ortodoxos cuyo fervor los llevó a difundir sus ideas en todo el continente. Valdes (1989) relató con sumo detalle la historia de las

¹⁵ El libro de Dornbusch y Edwards (1992) sobre la economía del populismo en América Latina refleja bien esos nuevos balances del pasado y el cambio de tendencia. No deja de ser significativo en este último aspecto que la versión castellana haya aparecido en una colección (Serie de Lecturas del FCE) caracterizada hasta entonces por la persistente difusión del pensamiento keynesiano y su versión cepalina.

relaciones de la Escuela de Chicago con la Universidad Católica de Santiago que, con el apoyo de fundaciones privadas y gobiernos de ambos países, permitió la formación de un selecto grupo de economistas chilenos en las ideas del monetarismo de nuevo cuño que había forjado aquella institución. Mucho antes de ese análisis, la opinión pública había percibido el fenómeno y aplicó el apelativo de *chicago boys* a esa nueva elite en el poder. Ese grupo actuaba como una "secta" acorralada, convencida de la verdad de sus ideas, con el mismo sentido de destino histórico que Hopenhaym destaca en su crítica a los planificadores utópicos. La comparación no parece ociosa. Todo indica que en estas dos décadas el ideal utópico del predominio del mercado (que condice con el beneficio de ciertos agentes sociales) pesó más en la orientación del destino de la región que el iluminismo de los intelectuales planificadores que pocas veces contaron con un poder semejante en los ámbitos políticos, económicos y sociales.

La elite intelectual ortodoxa se maneja con un criterio prescriptivo antes que descriptivo; no trata de entender el mundo económico sino de construirlo. En su mundo, el *ser* se confunde con el *debe* ser. Ella no parte de hipótesis sino de postulados. Debido a la auto identificación de su pensamiento propio como científico, con un sentido de verdad absoluta (antes que como esfuerzo crítico dedicado al conocimiento de la realidad) ellos actuaron desde el comienzo con un dogmatismo cuyo parangón sólo podría encontrarse, irónicamente, en las expresiones más duras de la corriente stalinista soviética de la década del treinta. No es esa la única semejanza, puesto que la amplitud del poder de decisión que dispusieron era igualmente totalitario y discrecional. La efectividad de las medidas (evaluada en términos macroeconómicos y no en base a quienes se beneficiaban de ellas) era menos importante que su racionalidad lógica; sus límites estaban dados por los límites admitidos por la coalición en el poder. Como señaló uno de esos actores, ellos trataban de ser "consistentes con la teoría sin importarles más nada"¹⁶.

Los *chicago boys* no estaban solos. Contaban con el sello de legitimidad otorgado por la ortodoxia, desde universidades y organismos de reflexión en las naciones desarrolladas y en el interior del país; disponían de contactos con sectores influyentes en los Estados Unidos y tenían relaciones estrechas con los sectores militares y las elites chilenas que lanzaron el golpe militar y se apropiaron del poder. No llegaron mediante una victoria intelectual sobre otras posiciones ideológicas, pero usaron su poder para promover su posición *ex post*. Ligados desde el comienzo al exterior, tampoco se atrincheraron en su territorio nacional. Ellos eran, y se sentían, parte de una nueva elite latinoamericana, en busca de nuevos objetivos. No resulta extraño, por eso, que actuaran en sucesivas oportunidades en conjunto con sus semejantes en otros países. Un caso bien conocido fue el de los técnicos chilenos asesorando a sus colegas del Banco Central argentino en la preparación del modelo de "estabilización" basado en un tipo de cambio preanunciado (conocido localmente como "la tablita") que se aplicó a fines de 1978, a semejanza del que ya estaba en marcha al otro lado de la Cordillera. Esa colaboración ocurrió en forma simultánea con los preparativos bélicos en ambos países debido a un conflicto fronterizo que estuvo a punto de provocar una guerra en el Cono Sur. Todavía falta un buen análisis

¹⁶ citado en Markoff y Montecinos (1994).

político que explique esa paradoja de ambas dictaduras militares preparando el ataque mientras sus propios equipos económicos no dudaban en colaborar estrechamente¹⁷.

Esa red de contactos sociales, de intercambios de experiencias y de apoyo mutuo, puede ser considerado como uno de los factores decisivos del avance del nuevo modelo. El internacionalismo sentimental de la izquierda fue aplicado en la práctica por la derecha que no dudaba del valor de esa estrategia y disponía de los medios para llevarla a cabo. La ortodoxia tampoco ignoró el viejo aforismo que afirma que si las ideas se atrincheran en la cabeza de las masas se convierten en fuerza material. De allí que su ofensiva en el frente de la propaganda fuera tan intensa como su impulso en términos de políticas concretas.

En retrospectiva, el premio Nóbel Gary Becker acaba de hacer un elogio a la actitud de los *chicago boys* a quienes, según él, "Latinoamérica debe mucho" (1997). Eso se debe, explica a que su "disposición a trabajar para un cruel dictador y lanzar un enfoque económico diferente fue una de las mejores cosas que le ocurrió a Chile". Gracias a las medidas que tomaron, agrega, la nación se transformó en "un modelo para el mundo subdesarrollado" que fue imitado en buena parte del continente hasta generar una auténtica revolución. En consecuencia, concluye, "sus maestros están orgullosos de su bien merecida gloria". La ortodoxia no percibe conflictos con la ética porque, para ella, el fin justifica los medios; y el fin no es discutible.

La internacional ortodoxa

El análisis de Valdes sobre la "operación Chile" fue actualizado por una serie de estudios sobre la forma en que una elite ortodoxa establece sus posiciones en el sistema de decisión de cada país de la región. A las causas nacionales se agrega el apoyo que le otorga sus relaciones estrechas con otros miembros de la nueva ortodoxia económica en el ámbito mundial. Markoff y Montecinos contribuyeron a esa visión mostrando el carácter cerrado de esos contactos que dependen de un lenguaje común, una ideología semejante y un refugio en su apelación al carácter científico e indiscutible de esa corriente. Esos dos autores destacan un momento crucial en el proceso de acomodo local de esas demandas internacionales hacia 1961, cuando la Alianza para el Progreso exigió a las naciones latinoamericanas que emprendieran tareas de planificación. Esas actividades implicaban, por supuesto, que los funcionarios nacionales debían utilizar un lenguaje común con el de quienes ofrecían los fondos. A medida que esa práctica se fue repitiendo y consolidando, la cuestión del lenguaje adquirió una nueva connotación de comunidad y pertenencia. El tono y las palabras claves cambiaron cuando comenzaron a adquirir mayor influencia los organismos internacionales de crédito pero el efecto mimético fue semejante. La lógica de

¹⁷ El análisis de la política económica argentina en esa época, sus semejanzas con el caso chileno, y su explosivo fracaso, está en numerosas obras; ver, por ejemplo, una versión detallada en Schvarzer (1986). El conflicto militar argentino chileno de fines de 1978 fue oportunamente frenado por una mediación papal en diciembre de ese año, casi al momento del inicio de las acciones armadas. Por otro lado, la paradoja del enfrentamiento paralelo a la cooperación de las elites económicas se repitió en 1982. Durante la guerra con Gran Bretaña por las Malvinas, el ministro de Economía del gobierno militar argentino afirmaba que era indispensable mantener las relaciones financieras con Londres aún en medio de los combates más sangrientos entre ambas fuerzas armadas. De esas experiencias se ha deducido que la ortodoxia es pacifista.

estos últimos contribuyó a condicionar los enfoques y actitudes de los gobiernos locales. Las redes de contactos y confianza mutuos se fortalecieron a medida que los países del continente se hicieron más dependientes de esos organismos. Estos últimos, a su vez, se dedicaron a reforzar de manera continua su propio esfuerzo de construcción de una ideología exclusiva y excluyente.

La crisis de la deuda tuvo un rol clave en la forja de estas nuevas relaciones. La presión objetiva derivada de esa situación (acentuada por las demandas de los acreedores) demandó el máximo de esfuerzo de las naciones del continente por negociar con esos organismos de crédito. Estos eran los principales financiadores del continente y, por momentos, los únicos, con la ventaja adicional (para ellos) de que lograron regular el otorgamiento de créditos privados. La magnitud de su oferta, si bien a veces resulta significativa, no es tan importante como su rol clave en el acceso a otros créditos. El FMI es esencial en ese último circuito porque regula el flujo financiero hacia las naciones "emergentes": basta que señale sus dudas sobre el equilibrio "básico" de alguna de ellas para desatar una fuga de consecuencias normalmente catastróficas. La inversa no siempre es cierta; el visto bueno no alcanza necesariamente a frenar una "corrida" aunque puede contribuir poderosamente a calmarla. En ambos casos, el acuerdo del Fondo con la estrategia económica de un gobierno es un requisito decisivo para que estos obtengan fondos privados y públicos. Los primeros se desplazan dirigidos por un efecto de confianza en las opiniones de ese organismo cuando otorga su "bendición" a los gobiernos que le piden ayuda. A su vez, los créditos públicos (antes originados en diversas fuentes y criterios de otorgamiento) se han ido encadenando mediante diversos acuerdos que exigen la aprobación previa del FMI como requisito para otorgarlos

En las primeras etapas del ajuste forzado, algunas naciones endeudadas del continente intentaron negociar con uno u otro organismo de crédito para mejorar su margen de maniobra. El caso más conocido fue el argentino que logró la aprobación de una masa de créditos del Banco Mundial en un momento de enfrentamiento larvado con el FMI (hacia 1988). La independencia ganada duró poco y la represalia fue costosa¹⁸. A su vez, los organismos extrajeron las conclusiones pertinentes y comenzaron a tratar un reacomodo de sus relaciones mutuas. Poco después, se acordó que el Banco Mundial y el BID extenderían sus créditos con criterios de "condicionalidad cruzada", es decir sólo luego que el FMI aprobara los suyos. Ese método de encadenar decisiones reforzó y concentró la vigilancia continua de los entes financieros sobre las políticas nacionales. Ese "consenso" facilita los acuerdos y reduce el trabajo de los funcionarios de los gobiernos de las naciones endeudadas que antes debían dedicar su esfuerzo a convencer a cada una de esas instituciones, dice una nota al respecto de *The Economist* (12-10-91). Ahora esos funcionarios pueden dedicar toda su atención a la política económica local, concluye el semanario británico.

¹⁸ La historia de esas relaciones de la Argentina no está todavía contada con demasiado detalle pero se sabe que el Banco Mundial pasó de "aprobar" la política económica argentina (1988), en lugar del Fondo, a la negación de un crédito adicional (enero de 1989). La difusión pública de ese rechazo, en plena campaña para elegir un nuevo presidente, contribuyó al proceso de desestabilización del sector externo que abrió paso a la hiperinflación, cuyos efectos políticos y sociales todavía se perciben en el país.

El mercado financiero mundial (y especialmente el que afecta a las naciones emergentes) se ha ido conformando como una estructura jerárquica y piramidal. En el vértice superior está el Fondo, controlado, a su vez, por los intereses sectoriales, y las ideologías que predominan en los centros. El poder del Fondo, y del Banco Mundial, como instituciones, se ha visto orientado en el ámbito intelectual por la incorporación de una masa de expertos dedicado a destacar, confirmar y difundir los modelos teóricos y las evidencias que la ortodoxia considera necesarias. De hecho, el Fondo y el Banco alojan hoy en día una de las mayores masas de expertos económicos del planeta, dedicados febrilmente a publicar una enorme cantidad de textos, ya sean teóricos, prácticos o de difusión, para promover y defender esas visiones. La polémica sobre el este de Asia, mencionada más arriba, ejemplifica bien las actitudes que asumen esos focos de estudio y difusión de la ortodoxia.

Ambos organismos están controlados por las naciones desarrolladas y en ambos los Estados Unidos tienen poder de veto. Sus presidentes y directores provienen de pequeños círculos especializados. En el FMI son europeos y entre ellos predominan desde hace años, los funcionarios de carrera del Tesoro francés, formados en una misma corriente de ideas. El Director gerente del Banco Mundial, en cambio, es de origen estadounidense y generalmente proviene de la dirección de los grandes bancos privados de ese país. El Fondo tiene un par de miles de empleados, mientras que el Banco Mundial dispone de una masa de más de 6.000 funcionarios y una cartera de créditos superior a 100 millardos de dólares, con un generoso presupuesto de operaciones y una cultura "arrogante y secreta"¹⁹. El Banco, por otra parte, financia sus operaciones tomando créditos en el mercado financiero mundial en condiciones tales que lo impulsan a cuidar su "imagen" de agente cuidadoso frente a las instituciones que actúan en el mismo. Por su conducción y gestión, el Banco forma parte de una red de influencias que incluye al Tesoro de los Estados Unidos (que elige a su Presidente), y a los grandes centros financieros de ese país (donde surge ese candidato), que colaboran en la obtención de fondos y están presentes en sus decisiones.

Ambas entidades son espejos del pensamiento ortodoxo y tienen capacidad como para interactuar con los gobiernos que les solicitan apoyo. Por eso, Griffith-Jones señala que "un objetivo explícito de estas instituciones, y del Banco Mundial en especial, consiste en cambiar el balance de poder dentro de los gobiernos hacia quienes esperan beneficiarse de las reformas promovidas por ellos y quienes están de acuerdo con dichos cambios"²⁰.

La conjunción de poder financiero y producción ideológica multiplica el poder social de esos organismos. El rol clave de la ideología se potencia cuando esa actividad recibe un aporte masivo de fondos y sus conclusiones condicionan el otorgamiento de créditos y, por lo tanto, la conducta de los demandantes. Si se compara el rol de esos organismos con otros centros de producción intelectual, como la Cepal, o bien con los centros de estudios de la región, sostenidos por universidades locales o los cada vez más escasos fondos del

¹⁹ La definición es planteada por Rich (1994).

²⁰ La cita de Griffith Jones figura en un suplemento especial sobre el Banco Mundial y el Fondo publicado por *The Economist*, el 12-10-1991, con el sugestivo título "Sister in the Woods".

exterior, se puede observar el cambio de posiciones relativas en el ámbito de las ideas. Las posiciones de estos últimos quedan sumergidas frente a la difusión masiva de las propuestas ortodoxas, mientras su debilidad institucional, y sus escasos apoyos políticos, definen su impotencia práctica para obtener los recursos demandados y hacerse oír en el mercado financiero mundial.

La dependencia de las naciones del continente de los recursos externos se convierte, así, en una dependencia de las ideas producidas en esos organismos. Las exigencias de estos van generando un proceso de mimetismo o convergencia intelectual. Se puede observar que algunos funcionarios locales tienden a cambiar de actitudes en esa dirección, o bien son reemplazados por otros convencidos por esas ideas. La fuerte orientación de los *chicago boys* hacia el sistema financiero internacional desde sus primeros pasos en la política económica generó una dependencia creciente de esos fondos que repercute ahora en resultados ideológicos y políticos muy concretos. Por esa misma razón, ciertas diferencias entre los países del continente se deben a que la ortodoxia no logró llegar al poder, ni adquirir la misma fuerza en todos ellos. Una somera observación de distintos casos permite suponer que cuánto más independiente y estable se mantuvo el aparato del estado local, y más capacidad tuvo para sostener sus propios centros de reflexión, más autonomía relativa registra ahora en sus negociaciones con las finanzas internacionales así como en la definición de su política interna.

El "Consenso de Washington" logró milagros en el fortalecimiento de la ortodoxia en todo el continente, aún dentro de las diferencias nacionales que se mencionan. Ciertos temas que parecían "fuera de la agenda" quedaron incluidos y aplicados en dichas naciones, como las privatizaciones y la apertura externa, en un proceso de adaptación que el mismo Fondo llamó una "revolución silenciosa".

El discurso económico en el continente pasó así de unos temas a otros tan distintos que se mera enunciación alcanza para evaluar el recorrido teórico, y sus consecuencias de facto. Del acento sobre el desarrollo, que supone cambios continuos, se pasó al énfasis en el equilibrio estático (o "los equilibrios" macroeconómicos); la cuidadosa y sistemática mirada sobre la evaluación del producto real dejó paso a una preocupación excluyente sobre la oferta monetaria; la noción del productor como agente básico de la creación de riqueza derivó a la idealización del consumidor como "soberano" (con efectos decisivos en las relaciones sociales y políticas que derivan de cada una de esas imágenes); la vocación de control conciente del cambio social dio lugar a la afirmación irracional del mercado como regulador omnipotente del equilibrio; la democracia, que solo admite un voto por ciudadano, derivó a la mercadocracia, que implica un voto por dólar, y donde cada individuo tiene un poder de decisión igual a su fortuna. La economía no se mantiene en un compartimiento estanco sino que afecta a toda la sociedad. Esos cambios de énfasis responden a cambios en las alianzas sociales y en los beneficiarios de esas políticas, al mismo tiempo que afectan la orientación del dinero y el ritmo del desarrollo.

Ese avance debe ser comparado con la resistencia que genera en el ámbito teórico. La orfandad de recursos para todos aquellos que piensan de manera distinta a la ortodoxia

contribuye a reducir su número, su presencia social y su capacidad de poner ideas sobre la tabla. El debate no pasa por el mundo de las ideas sino que es filtrado por el circuito que financia su producción y difusión. R. Frenkel concluía frente a ese panorama desolador que en la América latina "el aislamiento en la torre de marfil, tan habitual en las universidades del Norte, es precario e indeseable: casi no hay torres y aislarse en poco redituable" (1997). Su balance no hace más que confirmar el sentimiento de un grupo de científicos sociales que tienden a quedar marginados por el efecto perverso de un sistema invasor armado con un poder desproporcionado respecto a la calidad y confiabilidad de sus ideas.

La búsqueda de alternativas

Frente a la nueva situación, el pensamiento progresista latinoamericano se ha dividido, en términos generales, en varias corrientes. Unos prefieren centrarse en las críticas al orden existente, otros polemizan con el pensamiento ortodoxo y los últimos buscan salidas a la crisis. Cada uno de ellos ha avanzado en su tarea aunque falta mucho por hacer en todos esos ámbitos.

La primera se ha refugiado en la crítica de los efectos sociales del nuevo orden existente. Su objetivo es el estudio sistemático de sus falencias en términos de justicia y equidad, de las distorsiones que surgen entre pretensiones teóricas y realizaciones prácticas, y de los resultados sociales de esa estrategia. Los estudios que verifican la magnitud, la extensión y los efectos de la pobreza, o aquellos que marcan la notable desaceleración del ritmo de desarrollo del continente, forman parte de esta línea de trabajo donde se están acumulando aportes considerables²¹. La realidad de la región ofrece muchos elementos para alimentar esa tarea que combina el análisis con la demanda de justicia.

Naturalmente, los pobres conocen (o sienten) su situación, pero el análisis de su situación permite que tomen conciencia de ella los sectores intelectuales y políticos, y más aún, que se diseñen soluciones *ad hoc* para aliviar algunos de esos problemas. Esas soluciones no resuelven el carácter nocivo del sistema pero contribuyen a disminuir sus efectos más dañinos sin eliminarlos de raíz.

La segunda corriente trabaja en la crítica de la teoría ortodoxa, aunque su tarea queda deslucida por la fuerte presencia de esta última y la escasez de apoyos sociales y políticos para ese esfuerzo. Esta corriente, a su vez, se divide en fracciones distintas en una gama que se extiende desde quienes tienden a adoptar el lenguaje y los modelos de la ortodoxia para que sus críticas lleguen a las ciudadelas de sus contrarios, hasta la de aquellos que se atrincheran en sus "torres de marfil" de un pensamiento crítico, aislado y, a veces, fuerte. Los más extremistas de los primeros corren el riesgo de ser absorbidos por la ortodoxia, como parece haber ocurrido en varias oportunidades; la experiencia muestra que algunos se pasaron a la nueva fe en el ámbito de la teoría, para superar su aislamiento, y otros cuando llegaron a funciones de gobierno en algunos países del continente. En el extremo,

²¹ Resistimos a la tentación de citar algunos ejemplos por la conciencia de que seran muchos más los que quedaran injustamente afuera debido a la imposibilidad de seguir toda esta literatura en detalle. De todos modos, el objetivo principal reside en sugerir las corrientes antes que en un balance detallado de sus aportes concretos.

más crítico de ese continuo, los autores se ven contenidos por la carencia de consenso acerca de una doctrina alternativa coherente después del derrumbe del keynesianismo clásico y del marxismo vulgar.

La crítica no parece haber mellado el poder efectivo de la ortodoxia, aunque marcó muchas veces sus fallas conceptuales y prácticas. En cambio, ha servido, todavía desde un discreto segundo plano, para consolidar ciertos ensayos menos ortodoxos, o abiertamente heterodoxos, que se pudieron aplicar desde ciertos gobiernos que contaron con relativa capacidad de maniobra en sus decisiones.

Una tercera corriente, por último, ensaya buscar la forma práctica de iniciar un cambio en la marcha de la economía del continente. Ella explora las fisuras del proceso económico, y de sus relaciones de poder interno, buscando por donde se puede hacer penetrar la palanca que posibilite una reorientación del mismo. En esa tarea, esta corriente ha comenzado a analizar las nuevas realidades del sistema en el esfuerzo de una nueva construcción teórica y práctica. En lugar de reducirse a la clásica dicotomía de aceptar o rechazar el mercado, por ejemplo, ella ensaya comprender el rol y la ubicación del mercado en un sistema social complejo. En lugar de discutir la asociación del Estado y el mercado, piensa en las redes sociales y específicas que conforman las interacciones humanas que no pueden reducirse a la lógica del beneficio. En lugar de aceptar al agente maximizador de la teoría ortodoxa, piensa en individuos e instituciones que tienen objetivos diferentes y operan conforme a pautas transmitidas y creadas. Al trabajar en esa dirección, ella inicia un largo camino que deberá ser transitado paulatinamente. En el medio de ese curso podrá surgir un nuevo genio capaz de sintetizar esas ideas, como ocurrió con Keynes en la década del treinta, o la propia demanda de una sociedad insatisfecha obligará a los gobernantes a actuar en esa dirección, tal como hicieron muchos en aquella década sin necesidad de leer a Keynes.

Los intelectuales pretendemos, orgullosamente, comprender la realidad y desarrollar las herramientas para actuar sobre ellas, pero debemos reconocer, una y otra vez, que nuestras falencias no impiden el fluir de la historia. El cambio ocurre, aunque no se le pueda otorgar una dirección predeterminedada, y su marcha depende de la teoría y la práctica, que se inscribe en el conflicto. La más mencionada que reconocida praxis expresa también una de las formas del conocimiento y de acción social. Frente a la combinación de prácticas, ideas y poder, parece deseable contener la soberbia y el dogmatismo y explorar con humildad la salida, partiendo de la convicción de que la teoría puede y debe contribuir al conocimiento, pero no puede remplazar al ensayo en ese inmenso laboratorio que es la sociedad.

Bibliografía citada

Amsdem, A. (1989). *Asia's Next Giant. South Korea and Late Industrialization*. Oxford University Press.

Arrighi, G. (1994). *The Long Twentieth Century*. Verso, Londres.

Banco Mundial (1993). *The East Asian Miracle. Economic growth and Public Policy*. Banco Mundial-Oxford University Press.

Becker, G. (1997). "Latin America Owes a Lot to its 'Chicago Boys'", en *Business Week*, 9-6-1997.

Bouguinat, H. (1995). *La tyrannie des marchés. Essai sur l'economie virtuelle*. Economica, Paris.

Chesnais, F. ed. (1996). *La mondialisation financière. Genèse, coût et enjeux*. Syrox, Paris

Dornbusch, R. y Edwards, S. (1992). *Macroeconomía del populismo en la América Latina*, en Lecturas del Fondo de Cultura Económica, México.

FMI (1994). *Exchange Rates and Economic Fundamentals: A Framework for Analysis*, Occasional Paper 116, resumido en el *Boletín*, 5-12-94, Washington.

FMI (1997), Reportaje a M. Camdessus, en *Boletín*, 13-10-97, Washington.

Frenkel, R. (1997). "Doctrinas económicas: cambia, todo cambia", en *Clarín*, 15-8-1997.

Gourevitch, P. (1986). *Politics in Hard Times. Comparative Responses to International Economic Crisis*. Cornell University Press.

Griffith-Jones, S. (1980). *The Role of Finance in the Transition to Socialism*. F. Pinter, Londres.

Hopenhaym, M. (1992). "Pensar lo social sin planificación ni revolución?", en *Revista de la Cepal*, N° 48, Santiago de Chile.

Johnson, C. (1982). *MITI and the Japanese Miracle. The Growth of Industrial Policy*. Stanford University Press.

Lechner, N. (1997). "Tres formas de coordinación social", en *Revista de la Cepal*, N° 61, Santiago de Chile.

Lee C (1995). *The Economic Transformation of South Korea. Lessons for the Transition Economies*. OECD, París.

Lichtenztein, S. (1980). "Notas sobre el capital financiero en América Latina", en *Economía de América Latina*, N° 4, CIDE, México.

Madison, A. (1995). *Monitoring the World Economy 1820-1992*. OECD, París.

Markoff, J. y Montecinos, V. (1994). "El irresistible ascenso de los economistas" en *Desarrollo Económico*, N° 133, Buenos Aires.

OECD (1997). *Financial Market Trends*. N° 67. París, June 1997.

Prebisch, R. (1981). "Diálogo acerca de Friedman y Hayek", en *Revista de la Cepal*, N° 13, Santiago de Chile.

Prebisch, R. (1982). "Monetarismo, aperturismo y crisis ideológica", en *Revista de la Cepal*, N° 17, Santiago de Chile.

Prebisch, R. (1982). "La crisis inflacionaria del capitalismo", en *El trimestre Económico*, N° 193, México.

Putterman, L., ed. (1986). *The Economic Nature of the Firm. A reader*. Cambridge University Press.

Rich, B. (1994). *Mortgaging the Earth. The World Bank, Environmental Impoverishment, and the Crisis of Development*. Beacon, Estados Unidos.

Schvarzer, J (1986). *La política económica de Martínez de Hoz*. Hyspamérica, Buenos Aires.

Schvarzer, J (1987). "El estado y su mecanismo de regulación frente a diferentes situaciones macroeconómicas", presentado en un seminario de CLACSO y publicado por este en *Latinoamérica: lo político y lo social en la crisis*, Buenos Aires. La misma versión fue editada luego en Schvarzer, *Un modelo sin retorno. Dificultades y perspectivas de la economía argentina*, CISEA, Buenos Aires, 1990.

Stewart, M. (1984). *The Age of Interdependence. Economic Policy in a Shrinking World*. The MIT Press, Cambridge.

Strange, S. (1986). *Casino Capitalism*. Basil Blackwell, Oxford.

Valdes, J. (1989). *La escuela de Chicago: operación Chile*. Zeta, Buenos Aires.

Wade, R. (1996). "Japan, the World Bank, and the Art of Paradigm Maintenance: *The East Asian Miracle* in Political Perspective", en *New Left Review*, N° 217 Londres.

Williamson O. y Winter, S., comp. (1991). *La naturaleza de la empresa. Orígenes, evolución y desarrollo*. Fondo de Cultura Económica, México.